

BIEN ¿Y QUÉ?

REFLEXIONES CRISTIANAS

C^e 14895.

PARA ALIENTO DE LOS DÉBILES
Y CONFUSION DE LOS MALVADOS

EN ÉPOCAS DE PERSECUCION,

POR D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, PBRO.,

DIRECTOR DE LA REVISTA POPULAR.

Con aprobacion eclesiástica.



BARCELONA:

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5.

1881.



BIEN ¿Y QUÉ?

REFLEXIONES CRISTIANAS

PARA ALIENTO DE LOS DÉBILES

Y CONFUSION DE LOS MALVADOS

EN ÉPOCAS DE PERSECUCION,

POR D. FELIX SARDÁ Y SALVANY, PBRO.,

DIRECTOR DE LA REVISTA POPULAR.

Con aprobacion eclesiástica.



BARCELONA :

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5.

1881.



Es propiedad.

R. 1160812

V
C = 14895-3

BIEN ¿Y QUÉ?

I.

Las tribulaciones mil que aquejan hoy en todo el mundo á la santa Iglesia de Dios y á sus hijos leales se llaman ya francamente, por todos los que quieren hablar con propiedad, con la única verdadera palabra con que deben ser llamadas: llámanse persecucion.

Sí, duela ó no duela, hay que acostumbrarse á la palabra y más aún á la cosa por ella significada. Despues de diez y nueve siglos de cristianismo ¿quién lo dijera? volvemos decididamente á épocas de persecucion. No la persecucion que como luego veremos han tenido siempre la verdad y el bien en el mundo, es decir, la contradiccion natural que han hallado en el error y el mal y en los corrompidos instintos del hombre, sino la persecucion violenta, brutal, organizada,

que anuncia claramente el propósito de borrar de la tierra el nombre de Dios y va realizando cada día con más fiereza su infernal programa de opresion y exterminio. La revolucion (ó el liberalismo, que ha sido durante cien años su forma hipócrita) empezó reclamando libertad para no servir á Dios, y aún para no reconocerle. Los buenos católicos se horrorizaron de la blasfema pretension, los católico-liberales la encontraron muy ajustada á derecho, y sólo se escandalizaron de nuestro escandalizamiento, que calificaron de exageracion ultramontana. Hoy (además del fallo que ha dado ya la Iglesia á esta cuestion) se va viendo ya quien tenia razon, si nosotros los intransigentes en alarmarnos, ó ellos los complacientes en su benévola condescendencia. Admitida la impiedad á sentarse á nuestra mesa, habiéndosele concedido el derecho de ciudadanía legal con que al parecer solamente se contentaba, ha ido extendiendo á favor de esa infernal tolerancia su esfera de accion, y pide ya más que la libertad y el derecho comun, pide el predominio exclusivo; hemos dicho mal *pide*, lo exige con iracundas amenazas y lo impone con la astucia ó el terror allí donde encuentra preparado el terreno para presentarse desenmascarada. Aquí el lloriquear de los insensatos que metieron el lobo en el redil asegurando que nada habia de hacer contra la grey ni el pastor; aquí el llamarse engañados los que tantas veces fueron advertidos por el

Papa y por los órganos más autorizados del verdadero y neto catolicismo; aquí el declarar que no és este el liberalismo que ellos idearon, que no son estas las libertades que ellos otorgaron, que no es este el reinado de Satanás que ellos quisieron. Y, sin embargo, todo eso ellos lo prepararon y trajeron. Dios y la historia y la execracion de todos los hombres honrados impondrán sobre sus funestas doctrinas y procedimientos esta responsabilidad.

De todos modos este es el estado presente de la cuestion. El error benévolo admitido como huésped en casa, háse alzado con el señorío de ella, y no se contenta con menos que con la extirpacion completa de la verdad. Allí donde puede realizar este su plan con opresoras leyes, dicta leyes opresoras; allí donde necesita hacer correr la sangre tiene turbas y verdugos. Con la tea y el puñal destruyó los conventos españoles. Con los *medios morales* de sesenta mil bayonetas asesinó á los héroes de Castelfidardo, con los mismos arrebató su soberanía al Papa-Rey. A machetazos acabó con la generosa vida de García Moreno y dió al traste con la organizacion cristiana de la república del Ecuador. En los últimos dias de la *Commune* inmoló como feroz desquite de su derrota al Arzobispo de París y á los ilustres compañeros de su cautiverio. De nuevo corre la sangre cristiana á manos de enemigos del Cristianismo erigidos en poder. Estamos, pues, en era de franca y brutal perse-

cucion. Persecucion que por más señas no hace hoy más que empezar y que se anuncia ella misma, para plazo muy corto, más brava y desenca-denada.

Pero bien, ¿y qué? La Iglesia católica puede siempre en pasos tales cuadrarse erguida, mirar de frente á la situacion más pavorosa, sonreir ó compasiva ó desdeñosamente á sus tiranos y echarles en rostro su desesperante impotencia. «¿Y qué? Perturbais, podria decir, la paz de mis instituciones, profanais mis asilos de piedad, lanzais á Cristo de mis templos, robais á mi ca-riño los pobres y los pequeñuelos, pero nada po-deis en realidad contra mí. Los huracanes me alientan y vigorizan en vez de abatirme; ¿sabeis por qué? porque son mis aires nativos. Clamo por las almas que en mayor ó menor número, siempre con culpa de su parte, naufragan en esas borrascas; que en cuanto á mí y á los que permanecen firmemente míos, motivos tengo para creer que son las persecuciones las más de las veces grandes bendiciones de Dios. No que aquellas las envíe Él, sino que en eso las convier-te, cuando por sus justos y sapientísimos desig-nios permite á los poderes de la impiedad em-bravecerse y al parecer dominarlo todo con su furor.»

Tal nos parece oir hoy día la voz de la Iglesia, y eco suyo deseamos sea la de todos sus hijos. No les demos, por Dios, á nuestros pobres enemigos el consuelo de nuestra pusilanimidad. Eso qui-

sieran ellos, vernos en presencia de su aparente triunfo llorosos y abatidos. Llamemos á cada cosa por su propio nombre, sin paliativos ni atenuantes que nos disimulen su crudeza. El nombre verdadero de los actuales acontecimientos es persecucion, vieja palabra que el cristiano de veras está acostumbrado á oír sin palidecer ni pestañear. Lo que hoy nos da el mundo es verdadera y franca persecucion, y lo que para mañana nos promete es indudablemente persecucion más récia.

¡Persecucion! Dejádmela repetir esta palabra, que ensancha el pecho y eleva el espíritu cuando con varonil firmeza se la ha aceptado con todas sus consecuencias. ¡Persecucion! Mil veces menos odiosa me parece esta palabra, que tantas otras más blandas y seductoras con que se ha querido halagarnos mil veces en este siglo, y con que ¡mal pecado! se ha logrado tal vez en gran parte corrompernos. ¡Persecucion! Es palabra satánica, pero es franca. ¡Persecucion! ¡Ojalá que nos hubiesen siempre perseguido los que durante tantos años han querido arteramente que les abrazásemos como hermanos! ¡Persecucion! No es todavía ella el triunfo, pero es tal vez su preliminar indispensable; es para nosotros la garantía más cierta de vitalidad, porque no se persigue á los muertos, ni aún á los moribundos, sino á los que se teme: es para nuestros enemigos la señal más infalible de debilidad y decadencia, porque no se resuelven á cargar con

la nota vil de perseguidores los que se conocen dueños del campo, sino los que recelan perderlo porque no se sienten fuertes en él.

El asunto es muy del día y de gran oportunidad. ¡ Hay por ahí tanto procaz y jactancioso tiranuelo de ruin talla á quien conviene avergonzar y confundir con esa actitud digna y santamente despreocupada !

II.

«La Iglesia, ha dicho Luis Veuillot, así como sabe ciertamente que ninguna persecucion la podrá destruir, sabe del mismo modo que la persecucion nunca le ha de faltar.» Hé aquí compendiosamente formulado el secreto de toda la tranquilidad y calma que ostenta la Iglesia en medio de los tremendos combates de que es objeto, tranquilidad y calma imperturbables que, sin menoscabo del vigor y actividad de la defensa, debemos procurar resplandezcan en todos los corazones verdaderamente católicos. De nosotros debe poder decirse lo que de los bravos de Israel dicen con elogio los Libros Santos: *Procedunt ad bella pacifici*. Ni en el mismo ardor de sus combates pierden la paz. Porque efectivamente es gran motivo de paz y serenidad de espíritu saber que peleamos en una suerte de batallas en que, sean cuales fueren las peripecias de ellas, no podemos ser derrotados.

La necesidad absoluta de que viva siempre en

persecucion el Catolicismo, procede de la misma naturaleza de él. Del mismo modo que no puede emprender el hombre la vida cristiana verdadera, en cualquiera de sus grados, sin sentir en sí mismo el embate de las malas inclinaciones propias, que ha de empezar por contrariar y ha de acabar por domeñar y vencer; así es imposible que la ley cristiana se imponga al mundo sin que éste se le resista y le mueva tenaz contradiccion. El mundo, en el sentido moral de esta palabra, es la suma general de las pasiones aviesas de todos, de las preocupaciones de todos, de las perversas ideas de todos, de las debilidades de todos. Es, pues, su resistencia la resistencia natural de cada uno de nosotros al yugo de la ley de Dios, indefinidamente multiplicada y eficazmente ayudada por lo que aumentan sus fuerzas la coalicion y el mútuo mal ejemplo. Es, en menos palabras, el combate parcial que ha de sostener la Religion para vencernos á cada uno, hecho combate general por las malignas alianzas con que muchos de estos combatientes particulares se han ligado entre sí. Es, pues, tan necesario que una gran parte del género humano sostenga abierta lucha contra el Catolicismo, como es necesario que luche el Catolicismo para imponer su fe y su ley á cada uno de sus individuos. La nave de la Iglesia no fué botada al agua por el soplo de Dios para que navegase blandamente impelida por las corrientes humanas, sino para que en estos charcos corrompidos del mundo y de la

carne bogase ella siempre contra corriente. Rio arriba navega la Iglesia de Dios; por eso es dificultosa y áspera y sin cesar contrariada su navegacion. Rio abajo navegan las falsas sectas; por eso las ayuda y favorece todo lo ruin y bastardo que ellas favorecen. Pero hay la diferencia de que todo el poder humano no basta á sostener contra su propia caducidad á las obras de los hombres: en cambio la obra de Dios se sostiene por sí sola contra viento y marea, precisamente para acreditar con eso mismo que es obra de Dios.

Tú, católico de flaco corazon ó de cortas entendederas, ó más seguramente de poca ó averiada fe, que no sabes acabar de explicarte cómo siendo la Iglesia católica la verdad, sufre hoy dia de los poderes del mundo tan abrumadora persecucion, reflexiona sobre eso unos momentos y díme luego: ¿qué potro cerril se deja montar por el domador sin que haga todo lo posible para sacudir de sus espaldas silla y ginete? ¿Qué bestia de carga ó de lujo deja de tascar con señales de impaciencia el freno? ¿Qué yunta de bueyes se aviene de buena voluntad al yugo? Y pasando del reino puramente animal al racional, díme: cuando algo has adelantado en el bien pensar y en el bien obrar conforme á la ley de Dios, ¿qué tentaciones no te cuesta? ¿qué medios de rigor contra tí mismo no has debido emplear? ¿cuántas veces no has sentido ahí dentro en tu propio corazon alzársete sublevadas y en rebelion abier-

ta tus propias pasiones? Hé aquí, pues, explicado, por el misterio de tus secretas luchas, el gran misterio de las públicas luchas de la Iglesia de Dios. En tí son breves porque tú eres pasajero y fugaz sobre la tierra. En el mundo son perpétuas porque el mundo perpétuamente se renueva, hasta que le diga punto y basta la voz de Dios que le ha de juzgar. Por lo demás, iguales altibajos se ofrecen en tí que en el mundo; en ambos ora logra avasallarte la verdad á tí, ora la traes tú subyugada y amordazada á ella. Aunque en realidad los vencidos de todos modos siempre sois tú y el mundo en vuestros respectivos combates contar Dios. Felices vencidos por Él cuando os sujetais rendidos á su amorosa dominacion; vencidos miserablemente por el mal cuando sólo por haberos sustraído de Dios os proclamais ridículamente vencedores. Estudia, pues, católico vacilante y miedoso tu propio campo de batalla, tu propio corazon, y vislumbrarás algo de lo que tanto te sorprende y escandaliza y te hace titubear tal vez en el campo de batalla del mundo. Dentro de tí llevas en miniatura á toda la revolucion europea con sus logias, con sus clubs, con sus ahullidos feroces, con sus opresores decretos. Todo eso que te asombra y aterra en el mundo exterior no es más que una ampliacion en grande escala de lo que tiene lugar en tus más íntimos senos. Así como al hombre le llamó la sabiduría de los antiguos *microsmos*, ó mundo en pequeño, por sus maravillas, así se le ha podido llamar

siempre con igual título por sus desórdenes y rebeldías.

¿Te ha ocurrido nunca mirar con un potente microscopio una gota de agua, la más clara y transparente? Es espectáculo curiosísimo. Aquella gota de agua, diáfana y aparentemente tranquila como es, tiene como el mar fieras borrascas y encrespadas olas, y en ellas monstruos feroces que mutuamente se pelean y se devoran: es un oceano abreviado. Ahora bien. Mira con el microscopio de la fe tu propio corazon, esa gota de agua en que te parece no pasa nada, y si eres buen observador hallarás en su fondo el retrato exacto y la razon intrínseca, primaria y fundamental de todas las agitaciones con que perturba el mundo á la Iglesia de Dios. Y cuando así hayas observado aquello que anda dentro de tí, no te sorprenderá, ni mucho menos te escandalizará, ni muchísimo menos te hará titubear lo que veas fuera de tí, por dolor y amargura que te cause; sino que con toda conviccion exclamarás como te quiero yo enseñar á exclamar siempre en casos tales: «Bien, ¿y qué? Está visto que lo que sucede con la Iglesia tiene necesariamente que suceder, por ser ella quien es.» Y con esto solo tienes bastante para sosegarte á tí, y para dejar patitiosos y pegados á la pared á la mayor parte de tus orgullosos contradictores.

III.

Sentábamos en nuestro último capítulo como cosa evidente, que no sólo no debían parecer extrañas las persecuciones *en todo tiempo* movidas contra el Catolicismo, sino que, al revés, eran estas la condicion necesaria, esencial de su existencia sobre la tierra. La lucha en que vive con el mundo el Catolicismo, decíamos, procede de la misma naturaleza de ambos. El mundo no fuera mundo, en el sentido que da á esta palabra el Evangelio, si no fuese la oposicion perenne, tenaz, irreconciliable al Catolicismo: ni el Catolicismo fuera Catolicismo, segun lo ha ordenado su divino Autor, si no fuese la oposicion tenaz, eterna, irreconciliable al mundo. Así que, pues la oposicion en las ideas es continua, la lucha en el terreno práctico ha de ser tambien continua. Y si en el lenguaje común hablamos alguna vez de épocas de paz en la historia de la Iglesia, entenderse debe de una cierta paz relativa, es decir, de una contradiccion menos violenta ó tal vez más hipócritamente velada, que ya se ve claro que en rigor ni una ni otra pueden llamarse paz. No llama paz el soldado á los breves intervalos en que le hace fuego menos vivo el enemigo, que no obstante sigue acampado frente de él. Paz hay, ó cuando en fraternal abrazo se han unido los dos ejércitos, ó cuando el uno ha de tal suerte abatido á su rival que le ha qui-

tado para siempre los medios de emprender la ofensiva. Y sabido es que nada de esto sucederá jamás en este mundo entre la Iglesia de Dios y sus enemigos: porque, por un lado, conciliación ó convenio es imposible; y por otro no quiere Dios que sea decisiva la batalla hasta la hora del supremo juicio: ya para que de este modo resulte más justificada é inexcusable la condenación de los que por su rebeldía ha de condenar, ya para que de este modo tengan el mérito de la prueba los que con Cristo han acá padecido para en definitiva vencer con Él. Conste, pues, que cuando se habla de siglos de paz, cuando se pide ésta á Dios en incesantes gemidos, cuando la misma Iglesia en sus oraciones y letanías ruega por ella, no se habla más que, ó de la material tranquilidad y libertad para servir á Dios á pesar de la guerra del mundo, ó de la interior confianza y tranquilidad moral de los corazones para no turbarse con lo récio del combate. No se pide que deje de ser nuestro enemigo el mundo, que fuera ruego absurdo; ni que dejemos nosotros de ser enemigos de él, que fuera pretension blasfema; ni que, siendo él nuestro enemigo, y siéndolo nosotros suyos, dejemos mutuamente de aborrecernos y hostilizarnos por cuantos medios estén á nuestro alcance, que fuera caer en la tolerancia católico-liberal. ¿Se puede acaso derogar aquel terrible *non veni pacem mittere sed gladium*; del Salvador? ¿No hay un axioma de buen sentido humano, que no por ser

de menos alto origen deja de ser tambien ciertísimo: *Si vis pacem para bellum?* Hé aquí de qué concepto fundamental debemos partir en esta materia.

A las ilusiones de falsa paz con que blandamente se lisonjean los apocados y cobardes, y con que arteramente pretenden engañarnos otros que no son apocados ni cobardes, sino sencillamente traidores, da principalmente origen el otro falso concepto que se tienen formado algunos de lo que en el Catolicismo se entiende por *persecucion*. Así como hay bonachones y pancistas que sólo creen estar en *revolucion* cuando el cañon retumba por las calles, ó cuando se dan á diestro y á siniestro cargas de caballería, ó cuando devora el petróleo los edificios públicos ó particulares, y juzgan buenamente que se vive en *orden* cuando han cesado todos esos ruidos, por más que legalmente y sin estrépito se consumen mayores y más trascendentales catástrofes: así hay almas cándidas y sencillas que sólo llaman tiempos de persecucion á aquellos en que saca el diablo á la escena Neronés y Dioclecianos, en que se cortan cabezas, ó se desgarran pellejos, ó se sacan públicamente á funcionar ecúleos y catastas. No habiendo esto se les figura ya á tales pacíficos que anda la Iglesia de Dios en completa paz y tranquilidad, y que ya no hay más que pedir, y que todo quejarse es quejarse de puro vicio. Y sin embargo ¡cuántas épocas de aparente tranquilidad hay mil veces peores y muy más satánicas que las de sangriento atropello!

BIEN ¿Y QUÉ?—3

Distingue un Santo Padre en una conocidísima homilia que ha puesto la Iglesia en el Breviario para el rezo de un santo mártir, dos clases de persecuciones y de perseguidores. Una, dice, es la de los *crudeliter sœvientium*, otra la de los *fictè fraudulentè que blandientium*. Es decir en lengua vulgar: la de los que con ferocidad espantosa atormentan y matan los cuerpos, y la de los que cautelosa y arteramente procuran corromper con halagos las almas. Ambas maneras de persecucion son terribles, pero ¿quién no ve que la segunda es la peor y la de más trascendentales consecuencias? Por esto es la más comunmente utilizada por el enemigo de Dios. Ambas, no obstante, las va empleando alternativamente él contra la Iglesia, y alguna vez hasta simultáneamente. Recuérdense sino aquellos procesos que leemos en la historia de los primeros siglos, en los cuales el tirano empezaba por sonreír y halagar con toda clase de promesas á su víctima, empleando solamente contra ella el hierro y el fuego cuando tras largos ensayos la veia insensible á los atractivos de la seduccion.

A la luz de esta distincion, que es clarísima, ¡cuán nuevos y cuán espaciosos horizontes se abren á la consideracion! Tenemos, pues, que son arma de persecucion, no sólo los garfos, tenazas, ecúleos y hogueras de los primeros tiranos, no sólo el látigo y la canga de los mandarines chinos, no sólo las cárceles y la Siberia de los autócratas rusos, no sólo los fusiles y puñales y

petróleo de la francmasonería de por ahí, sino que lo son y muy particularmente las leyes inicuas de despojo, aunque dictadas, segun dicen, con el objeto de favorecer á la misma Iglesia despojada; los sistemas de enseñanza corruptores; la licencia otorgada á la prensa para defender y propagar toda impiedad; el espectáculo lujurioso autorizado; las sectas impías legalizadas y protegidas; las trabas con que más ó menos hipócritamente, á título de proteccion ó patronato, se procura entorpecer la accion de la Iglesia; la opresion del Supremo Pontífice realizada con humildad filial por un gobierno invasor, y el reconocimiento del atropello filial por los demás de Europa; y hasta la ruin alcaldada con que se veja y se paraliza en el uso de su sagrado ministerio al más olvidado cura-párroco de lugar. Y síguese lógicamente que es época de verdadera persecucion toda época en que así se trata á la Iglesia católica, y que son leyes verdaderamente perseguidoras las que así ordenan la cosa pública, y que son poderes esencialmente perseguidores los que en tal sentido legislan. Tales enemigos no hacen correr la sangre, es verdad, pero tampoco la hace correr el verdugo que con un dogal estruja la garganta y ahoga la respiracion de su víctima; tampoco la hace correr el que insidiosamente da á beber un veneno á su rival en un convite á que le ha llamado so capa de amistad. En nuestro caso y siguiendo la comparacion, lo que con mano enguantada se quiere ahogar es la

respiracion de las almas : lo que con sutil veneno se procura corromper es la verdad, savia de ellas. Importa poco que se consume el asesinato sin derramamiento de sangre. La muerte que se da es la misma, aunque sea más artero el procedimiento.

Decidme por vida vuestra, ¿no preferiríais en medio de todos sus destrozos y horrores la calamidad de un día ó algunos días de sangrienta y ruidosa batalla, al lento y silencioso estrago de años y años de desoladora epidemia? Pues bien. Ahí tenéis clara y fracamente planteados los dos términos de la cuestion. La persecucion que llamaremos de garfio y azote no puede ser duradera ni constituir el estado normal de una sociedad. Sabido es el axioma de filosofía: *Nihil violentum durabile*. La violencia material, como las tempestades, tiene por condicion suya inevitable el ser pasajera. Puede llenar de horrible carnicería una que otra época de la historia, pero la hunde sin remedio su propia ferocidad. Es el incendio que no puede devorar sino devorándose á sí propio y consumiéndose al fin en humo y ceniza. Consúltense todas las páginas de estas que ofrece la Iglesia desde la que tiene por protagonistas á Tiberio y á Nerón, hasta las que registran las matanzas del 35 en España y los fusilamientos de la *Commune* en París. El paso de tales calamidades ha sido siempre el paso del huracan; ha derribado gloriosamente á alguno de nuestros hermanos, pero con él y devorados por él han desaparecido momentos

despues sus mismos infernales autores. Un rastro de sangre marca su dolorosa huella, pero es al mismo tiempo huella de luz que dirige por largos siglos el derrotero de otras generaciones. Hoy mismo, de las persecuciones de garfio y azote por que ha pasado la Iglesia de Dios, no podemos asegurar (áun humanamente hablando) qué fué mayor ó menor, si su luto ó su gloria: qué fué mayor ó menor, si el estrago que hicieron en los cuerpos, ó la virilidad y nuevo temple que dieron á los corazones. Aunque, sí, lo podemos asegurar, mayor fué la gloria que el luto; mayor fué la virtud que infundieron, que el destrozo material que causaron.

IV.

Pero la persecucion sin ruido, la persecucion halago, la persecucion blandamente enguantada, ¡oh! ¿quién la acertará á describir con toda su odiosidad y funestísimos resultados?

Tenémosla por la peor de todas, bien que sobre esto no encontraremos seguramente de nuestro parecer á varios de los hombres del dia. No nos extraña. Por desgracia suele el hombre juzgar de las cosas más por la impresion sensible que producen, que por el exámen racional de ellas. Y así sucede que nada parezca más aterrador que una de esas crisis religiosas en que corre á rios la sangre, humea devorada por el incendio la casa de Dios, ó cae hecha pedazos bajo la piqueta

demoledora. Parece más grave y trascendental todo eso porque hiere más el corazón, porque excita los nervios y hace acudir de indignación ó de pena el llanto á los ojos. Añádase que sorprende y afecta más lo anormal y extraordinario que lo que diariamente pasa ante nuestra vista, y ya de puro familiar nos es apenas observado.

Mas para el verdadero filósofo, para el que juzga de las cosas, no por la impresión ó estremecimiento que producen ellas, sino por su bondad ó malicia, ó por los resultados excelentes ó pésimos que de ellos teme ó espera la serena razón, ¿quién duda que no hay estragos de persecución fiera que iguallen á los espantosísimos que ocasiona la otra mansa y disimulada de que estamos tratando aquí?

Los produce, en primer lugar, extraviando miserablemente las inteligencias. En épocas de estas es lastimoso el oscurecimiento que se produce en cabezas de primer orden, que tal vez no queriendo ni pensando en modo alguno servir al error, sino antes combatirle, se le hacen inconscientemente, no sólo cómplices, sino auxiliares. Cuando tales aires dominan, anúblase en cierta manera toda la atmósfera moral de un pueblo, y de repente aparecen, si no enteramente ciegos, tocados á lo menos de extraña miopía los más claros entendimientos. Sucede entonces frecuentemente que acierta más en asuntos religiosos el pobre vulgo sin letras pero con fe, guiado por su solo buen sentido católico, que las más espléndi-

das lumbreras de una nacion , desvanecidas en sus abstracciones y teorías. Es este el primer efecto de la persecucion enguantada. Se comprende. De tal suerte ha desleído el astuto enemigo su ponzoña de error en el ambiente, que sin pensarlo lo han respirado y se han envenenado , ó por lo menos han enfermado con él, los temperamentos más robustos. Caen entonces no pocos, del todo asfixiados por ese tósigo impalpable é invisible , y sus caídas llenan de consternacion al mundo, que se asombra de ver súbitamente en el lodazal á los que poco antes veia brillar como estrellas en el firmamento. Así ha visto nuestro siglo resplandecer y luego oscurecerse y de repente hundirse á los Lamennais y á los Jacintos. Otros no caen , pero vacilan como mareados por el vértigo , y con sus indecisiones perpétuas ó con sus ambigüedades indefinibles ó con sus transacciones inexplicables tienen en continua zozobra y afliccion el corazon de los buenos. Todas las épocas de la historia en que ha dominado ese oculto perseguidor han sido épocas de desastrosas ruinas morales. La nuestra , que sin duda pasará á la posteridad como una de las típicas en este género , las ofrece cada día de un modo lamentable. Diríase que nadie está cierto de nada , tal es la inseguridad de todas las afirmaciones , la sutileza con que se pretende compaginar las más opuestas tendencias, las sombras y penumbras con que se procura atenuar el resplandor vivísimo de la verdad , para hacerla, di-

cen, más accesible á los ojos enfermos ó cansados. La verdad entera (que en rigor si no es entera ya no es verdad) alarma; se tiene por escándalo é insolencia proclamarla sin disfraces, así como por sublime prudencia disminuirla y achicarla hasta la talla ruin que prescribe la moda del día, que también hay modas para eso como para los trajes y peinados. *Imminuta sunt veritates à filiis hominum*, como gráficamente dijo David en uno de sus Salmos, que cierto parece profecía de hoy.

Consecuencia forzosa de este oscurecimiento y cerrazón de las inteligencias es el enflaquecimiento de los corazones, el rebajamiento de los caracteres, que se dice á cada paso. O mejor, *omne cor mœrens et omne caput languidum*, como ya en sus tiempos acertó á expresarlo en una sola pincelada otro profeta. Cualquier dificultad asusta, cualquier contratiempo arredra, todo plazo de victoria parece lejano, no por la impaciencia del entusiasmo, que esta es sana y cierta señal de vida juvenil, sino por la falta de paciencia, sinónima siempre de cansancio é inconstancia. El creer y el esperar *contra spem in spem*, que ha sido el secreto resorte de todas las generaciones vigorosas, aquel *etiamsi occiderit me in Ipso sperabo*, que fué siempre como la divisa de todos los héroes de la resistencia pasiva, que en la causa de religion es á veces la principal, son paradojas para los muelles soldados de hoy, que todo lo quisieran alcanzar sin sufrimiento alguno; sin

fatiga ni esfuerzo, sin compromiso que arrostrar, sin odiosidad en que incurrir, sin verle, no diríamos la espada ó el palo, pero ni siquiera el ceñudo rostro ó la despreciativa sonrisa al enemigo. Como hay climas que tornan muelles y afeminadas las razas, así afeminan y enmolecen los corazones ciertas épocas de decaimiento general. Nuestra cruzada contra los moros, que duró más de siete siglos, hubiera acabado con una transacción ó concordia si los sectarios del Coran hubiesen podido sostenerse en nuestro suelo hasta el presente. No hubieran faltado elocuentes apolo-gistas de la paz á todo trance, que nos hubieran convencido á los tercos y testarudos de que le convenia más á nuestra Religion de paz (así se llama cuando conviene) estrechar como amigas las manos de los invasores, que no andar perpétuamente con ellos á tiros y á cintarazos, sin poder hacer al fin por ella otra cosa de provecho que padecer y morir.

Ya sabe bien el diablo lo que hace cuando, viendo la inutilidad de sus procedimientos de fuerza, les ordena á sus ministros *tenebrarum harum*, que persigan con la astucia y la habilidad en vez de hacerlo con la violencia. Ya sabe bien el medio secreto de rendir á las almas sin tocarles ni un pelo á los cuerpos, antes mimándolos y acariciándolos. La pólvora sorda, que sin ruido alguno derriba y destruye, la inventó el príncipe de las tinieblas mucho antes que los químicos y pirotécnicos del siglo diez y nueve.

Las ruinas que ha amontonado por todas partes este diabólico combate miradlas á vuestro rededor. No ha habido modernamente sacudimiento alguno material en nuestra patria que pueda compararse ni de léjos con los que tan fuertemente la han conmovido en otros siglos. Y no obstante, ¡ved qué ha quedado de lo que formaba nuestro antiguo y monumental edificio religioso! Entero nada; partido y cuarteado algo; enteramente hundido en el polvo gran parte de lo principal. ¿Qué silenciosa mina lo socavó? ¿Qué lento arieto lo cuarteó? ¿Qué disimulado impulso ha dado en tierra con tantas maravillas de la antigua fe? No el hacha del verdugo, no el decreto de proscripcion; nada de eso. Preguntádselo á la persecucion mansa que mansamente nos devora cerca de cien años há. Bien servido ha estado el diablo por los suyos, y quizá tambien por algunos de nosotros.

V.

De lo que anteriormente llevamos expuesto sobre la persecucion mansa y la persecucion fiera, se deduce claramente cuál de ellas es, no la mejor, pues que ambas son en sí malas como resultado del odio formal que á Dios y á su Iglesia y á los hijos de ella profesa el infierno, sino la menos mala, la que menos le hiere á nuestra Madre en el corazon, la que menos alarma debe en todos tiempos causarnos, aunque dada la condi-

cion impresionable y un tantico egoista y regalona de nuestro sér material, sea la que más nos conmueva y asuste.

Vamos ahora á dar un paso más, y se acabará de ver clara despues de él toda la significacion del título, un si es no es altivo y desenfadado, que le hemos puesto á la presente obrilla. Vamos á manifestar que la persecucion violenta y brutal contra el Catolicismo, no sólo le es á éste menos desastrosa que la otra mansa y finamente enguantada, sino que hasta por especial providencia de Dios puede traerles á los católicos algunas ventajas. Hasta el punto de que, sin dejar nosotros de procurar á todo trance y por medio de una accion firme y decidida en todo terreno la libertad de la Iglesia y la posible victoria sobre sus opresores, podemos, sin embargo, no solamente no aterrarnos por la crueldad de la mano diabólica que nos azota, sino aún en medio de todo bondecir aquella otra divina y en todo misericordiosa, que si deja flagelar á sus amigos, no es sin altísimo fin y sin amoroso designio. Con lo cual habrá bastante, á mi modo de ver, para que no desmayemos en la lucha, y aún para que quedemos en medio de ella alentados y consolados.

La existencia del mal sobre la tierra, á pesar de la omnipotencia de Dios, soberano Bien, es la aparente contradiccion en que fundaban todo su falso sistema los maniqueos. No obstante, la explicacion del problema es sencillísima, sin dejar

de ser profundamente filosófica. Dios, criador del hombre, á quien ha dotado de libertad moral ó libre albedrío, lleva el respeto á la accion libre de esta su criatura, hasta el punto de sufrir durante su vida el pecado, que es el abuso de aquella nobilísima facultad, haciendo como que no ve, ó como que no puede evitar la guerra que se hace contra su santísima ley y contra los seguidores de ella. Resígnase con paciencia, que sólo se comprende y explica por la seguridad de su eternidad, dentro de la cual no ha de haber plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague; resígnase, digo, pacientemente á esperar la hora suprema de su justicia para dar á cada cual su merecido, segun sus obras buenas ó malas. Pero no se contenta con eso, sino que deseando que esta libertad de los malos, que podríamos llamar *interina*, no cohiba ni perturbe en modo alguno el orden y marcha secreta de su admirable Providencia, encuentra en su insondable sabiduría trazas admirables para que el mismo mal sirva á pesar suyo al bien, y coopere hasta con su propia y natural malignidad al triunfo definitivo del mismo y á la glorificacion final de Dios y de sus amigos. Aquel texto: *Omnia propter electos*, y aquel otro: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*, de nuestros Libros Santos, son las fórmulas más comprensivas y á la vez las más expresivas de esta verdad teológica, filosófica y de sentido comun.

Ahora bien. La persecucion religiosa es un

grave mal, pero la Providencia de Dios puede permitirla á veces (permitirla, decimos, no causarla) para sacar de ella grandísimos bienes. Y esto lo decimos de toda clase de persecuciones, pero más de la persecucion violenta que de la persecucion disimulada, más de la que derrama la sangre y atormenta los cuerpos, que de la que sólo aspira á corromper por medio de la seducccion las almas. La razon es clara. La persecucion de ambas clases lleva consigo en distintas proporciones el mal físico y el mal moral. La violenta da más importancia al atropello físico para conseguir, por medio de la intimidacion, el resultado á que aspira. La disimulada atiende más á la seducccion, por medio, no de la intimidacion, sino del halago con que procura adormecer. Como hay, pues, menos peligros en aquella que en ésta, así hay más ocasion de ventajas en ésta que en aquella. Más claro. Supuesto que la sabiduría de Dios de todas las cosas malas puede sacar bien, suele, no obstante, sacarlo más abundante del mal físico que del mal moral, y por lo tanto en la ley ordinaria de la Providencia puédense esperar, y de hecho resultan de la persecucion violenta contra la verdad, más numerosas ventajas para la verdad misma que de la persecucion embozada. Ventajas, si no bastantes para que se considere como cosa buena la persecucion, que en sí es esencialmente mala, suficientes al menos para que no se la tema tanto como suelen temerla los espíritus irreflexivos y apocados de hoy,

á quienes especialmente dedicamos estas consideraciones.

Grandes bienes puede y suele sacar la mano amorosa de Dios de las mismas persecuciones con que á menudo se embravece el infierno contra la Iglesia. De igual suerte que á cada justo en particular le proporcionan nuevos medros las mismas tentaciones á que se ve sujeto por parte de sus enemigos, así á la colectividad de todos los justos, que constituyen el alma y como el núcleo de la Iglesia católica, no les daña, no, por lo comun, antes frecuentemente los mejora y perfecciona ese combate de la persecucion. A esta, que no es sino una tentacion al por mayor, y no dirigida contra tales ó cuales miembros, sino contra todo el organismo, podemos aplicar cuanto enseña la fe católica sobre las tentaciones en su acepcion más comun.

¿Qué dice, en efecto, de ellas?

«Tened, hermanos míos, por objeto de sumo gozo el padecer varias tentaciones ó pruchas, sabiendo que la prueba de vuestra fe ejercita la paciencia, y que la paciencia perfecciona vuestras obras para que seais perfectos y cabales en ellas.» Quien habla así es san Jaime apóstol en su primera epístola.

«Bienaventurado el hombre que padece tentacion, porque, probado, recibirá la corona de la vida que prometió el Señor á los que le quieren.» Así el mismo Apóstol.

«No permitirá Dios que seais tentados sobre

vuestras fuerzas, sino que de la misma tentacion os hará sacar provecho para que podais sosteneros.» Así san Pablo.

«Permite Dios la tentacion, dice san Juan Crisóstomo, para prueba de la fe, ejercicio de la virtud y aumento del mérito.»

«Señal cierta es de que traemos vencido al demonio, dice san Juan Clímaco, cuando con tanta rabia nos combate.»

De cuyas autoridades y de otras cien que nos seria facilísimo aducir se saca el concepto que tiene formado la doctrina católica del combate continuo que sufre de parte de sus enemigos todo fiel cristiano, y con mayor razon ó *à fortiori* del combate general á que se ve expuesta de vez en cuando por secreta permission de Dios la misma Iglesia.

Ocúrrenos una comparacion que arrojará mucha luz sobre esta materia y que acabará de fijarla en la inteligencia de nuestros lectores. Tiene la medicina, para ciertas enfermedades que aquejan al cuerpo humano, remedios dolorosos y que hasta podrian hacer parecer cruel y desapiadado al médico que los aplica, si no constase cierto que se los hace prescribir el mismo buen deseo de curar al enfermo. Remedios con que se rasga la piel, y se desgarran la carne, y se derrama la sangre, y se producen acerbos heridas, y se obliga al infeliz paciente á sufrir mil veces más quizá por el tratamiento del médico que por los mismos dolores de la enfermedad. Gime el desdicha-

do y se retuerce en su lecho, que para él es más bien un potro, y sufre ser sajado, quemado, pinchado y de otras muchas maneras atormentado, y sobre eso le da aún dinero y gracias encima al hábil operador que tan bárbaramente se las hubo con él. ¿Por qué? Porque si tales achaques no pueden curarse sino por tan doloroso procedimiento, justo es no sólo aceptarlo, no sólo pedirlo con instancia, sino aún agradecerlo y pagarlo como insigne favor.

Abre ahora, cristiano apocado, los ojos de la fe; los ojos de la fe, digo; porque así como para las cosas del cuerpo no pueden servirte más que los ojos corporales, así para las cosas del espíritu necesitas valerte principalmente de esos ojos espirituales. Ábrelos, pues, y considera al cuerpo moral de que como cristiano formas parte, enfermo á veces de grave enfermedad, achacoso otras con mil habituales dolencias y miserias, expuesto constantemente á languidecer y á contraer con el roce del mundo toda clase de perniciosos contagios. La falsa paz, de que tanto hemos hablado más arriba, suele ser para ese cuerpo la peor y más desastrosa epidemia. Con ella se forman ó aumentan en nuestro espiritual organismo mil suertes de perniciosos humores que se muestran luego en la piel exterior, que son las costumbres, por mil asquerosas póstulas é inmundas canceraciones. Debilitase con ella el temperamento, embótase la sensibilidad, se entorpecen los movimientos, apodérase de todos los miembros una

como parálisis ó rigidez que los tiene, si no del todo muertos, por lo menos aletargados. Los Sacramentos, que son la medicacion suave y ordinaria del organismo cristiano, apenas producen ya como debieran sus efectos, no por ineficacia suya, sino porque ó no se reciben, ó se reciben mal. La palabra de Dios no conmueve fibra alguna, ó porque no es escuchada, ó porque le ha quitado toda su impresion la misma costumbre de escucharla sin las debidas disposiciones. Diríase que ante este miserable enfermo se encuentra como agotado todo el formulario de prescripciones que posee la farmacopea sobrenatural; que todas las pociones son vanas, todas las fricciones se hacen como sobre un cuerpo yerto, todos los emplastos se aplican á un cadáver. Pero, ¿qué? ¿Hay médico alguno de la tierra que en casos tales, por el mismo amor que tiene al enfermo, se abstenga de emplear los remedios fuertes, sólo porque á éste le han de ser muy dolorosos? ¿Hay quien en situacion semejante deje de ordenar y de aplicar el abrasador revulsivo? Pues bien. Hé aquí lo que es para el organismo cristiano la persecucion fiera con que permite Dios nos azote de vez en cuando el enemigo. Un revulsivo aplicado á nuestra piel, y nada más. Dios es el médico sapientísimo que, permitiéndolo, en cierto modo lo ordena. El diablo viene á ser como el practicante que con mano cruel amasa y aplica la cantárida. Estremécese el enfermo al sentir la quemazon que abraza sus carnes, y despierta y da

gritos y empieza á darse cuenta de su grave mal. No os alarmeis. Eso es lo que pretendia el sabio facultativo. Es que la sensibilidad embotada empieza á despertarse; es que la vida vuelve á extenderse á las extremidades á que ha sido llamada con aquel cáustico dolorosísimo. Queda abierta, es verdad, ancha y sanguinolenta herida; pero no temais: por ella saldrán á rios los malos humores que corrompian y envenenaban aquellos miembros, y luego purificada y devuelta á su natural limpieza la sangre, circulará vigorosa por todo el cuerpo y le hará de nuevo ágil, sano, con toda la lozanía y colores de la perfecta salud. La llaga duele, es verdad, pero la mano del médico, blanda á la vez que rigurosa, derramará sobre ella bálsamos y unturas para templar su dolor, y cuando él lo juzgue conveniente en menos de un par de dias la dejará cerrada y cicatrizada.

Así obra Dios con su Iglesia; así le es útil frecuentemente al pueblo cristiano el feroz revulsivo de la persecucion que sufre sobre sus miembros. Ya veremos en el capítulo siguiente cómo le devuelve él la sensibilidad perdida ó embotada, y cómo le limpia y purifica de toda clase de corrompidos humores.

VI.

Pongámosles fin y remate á estas consideraciones, que tardarian mucho en tenerlo si debiese agotarse la materia de ellas.

La persecucion fiera, decíamos últimamente, suele ser como un doloroso revulsivo que permite Dios se nos aplique, más que en castigo de nuestros pecados, para remedio de ellos y para renovacion y espiritual despertamiento de nosotros sus hijos, aletargados ó corrompidos. Dos objetos tiene en medicina el revulsivo: despertar la sensibilidad embotada y adormecida, y desalojar del cuerpo sucios humores que paralizan su vigor y marchitan su lozanía. Y ambos objetos llena cumplidamente en el pueblo cristiano la persecucion. Despierta á los dormidos y obliga á separarse á los irremediamente dañados. En ambos conceptos, pues, nos proporciona siempre un gran bien.

Hemos tenido ocasion de presenciar ya más de una vez épocas de más ó menos violencia para la Iglesia de Dios, para que podamos haber conocido prácticamente la verdad de estas observaciones. Entre el furor de los decretos de proscripcion, entre el estrépito de conventos que arden y de templos que son demolidos, entre el alarido de víctimas generosas que caen bajo el plomo ó el puñal de sacrílegos homicidas, ¿quién no ha experimentado visiblemente como se re-

enciende súbitamente avivada la llama de la fe que parecía completamente ahogada bajo las cenizas de la indiferencia? ¿Quién no ha visto ese fuego que vuelve á chispear en todos los ojos y á calentar todos los corazones y á traducirse luego en cien y cien obras de resistencia, de propaganda y de oracion? ; Cómo latén entonces todos los corazones al impulso de tantos delicados sentimientos heridos, de tantas queridas creencias befasdas, de tantos intereses del alma vilmente pisoteados ! Renuévase entonces en cada uno de los fieles hijos del Catolicismo la hermosa leyenda del Cid, cuando á posta le ultrajó su padre para hacer prueba de su corazon juvenil, y con gran contentamiento de su alma le encontró sensible al ultraje y con bríos para no aguantarlo ni áun del propio autor de sus dias. Así, y permítasenos la comparacion, encuentra Dios, con gran contentamiento suyo, heróicos á muchos corazones á quienes por medio de la persecucion sacude la pereza y flojedad, y llama á la sublime vocacion del combate cristiano. Hé- roes se encuentran entonces á sí propias almas oscuras é ignoradas que sin este estímulo vegetáran en la apatía y en el absoluto desconocimiento de sus fuerzas. No tuviera Eulalias y Engracias nuestro noble país si no tuviera Rufinos y Dacianos que las sacaran de entre las compactas filas de nuestra sencilla clase popular. En España, donde se ha vivido casi siempre, como otra vez hicimos notar, en guerra religiosa ó en persecucion;

en España, país de eterna cruzada, como la ha llamado el P. Faber, han sido innumerables los héroes de esta clase como las estrellas del cielo ó como las arenas de la mar. No se nombran de ellos más que algunos, porque los demás no pueden reducirse á cifra. Como á nuestro casi contemporáneo y ya casi legendario general Manso le sacó de su molino harinero y le hizo caudillo de los principales en la popular guerra de la Independencia una bofetada que le dió un oficial francés, así en esta nuestra hidalga tierra cada bofetada que se da á la fe por sus enemigos produce á millares los animosos soldados que se lanzan á profesarla y defenderla más valerosos que nunca. ¡ Lluevan ¡ gran Dios ! bofetadas sobre nosotros, si á este precio hemos de tener héroes que honren y glorifiquen nuestra santa bandera !

Pero aún cuando no todos los fieles lleguen á esas alturas del heroísmo, muchísimos son los que se afirman más y más en sus convicciones con la persecucion y por efecto de la misma odiosa brutalidad de ella. Y la persecucion contra el Catolicismo ha de ser siempre por necesidad odiosa y brutal é injustificada. Lo que, por ejemplo, pasa hoy en Francia con las comunidades religiosas dispersadas, ha hecho estremecer de indignacion aún á no pocos protestantes de buena fe, que no han reconocido lo que valian las víctimas hasta que las han visto tan inícuamente atropelladas.

Hace pocos días he recortado de un periódico el

siguiente relato. Un escritor que se oculta con el pseudónimo de Juan Granje cuenta que un trabajador le hablaba el otro día en los siguientes términos: «Hace tres años que descuidaba yo mis obligaciones de cristiano; pero las leyes contra la enseñanza religiosa me han sacudido é ilustrado. ¡Afuera pereza, me he dicho, que este no es tiempo de hacer el muerto! Y desde hace algunos meses asisto á la misa mayor de mi parroquia, y saludo á todos los Curas y á todos los Hermanos de las Escuelas cristianas, y á los frailes de todos los hábitos y cordones, y doy mi óbolo al Dinero de San Pedro y á la obra de las Escuelas católicas, y he puesto á mi hijo en un colegio dirigido por Jesuitas. Yo soy así: con el genio que tengo me basta ver perseguidos á esos hombres heroicos, y atacada la Religion de mis padres, para comprender que mi deber me llama á defenderlos y á ponerme á su lado y en frente de los bribones que los atacan.»

¿Y á cuántos no ha sucedido como á este honrado trabajador? Llenas están nuestras asociaciones piadosas y propagandistas de almas de ese temple á quienes no ha congregado para las obras buenas y para la defensa de su fe otra elocuencia que la de ese chasquido del látigo revolucionario. ¿Bajo qué influjo se formaron en España en los primeros días de nuestra última borrasca las *Asociaciones de católicos*, las *Academias de Juventud católica*, las falanges briosisimas de la *Reparadora*, y otras y otras uniones católicas

de este jaez, que sin dificultades de ningun género, sin previos pactos ni cabildeos, sin excitar desconfianza alguna, sólo con darse un grito y levantarse una bandera aparecieron de repente unánimes, compactas y organizadas? ¿Qué espíritu fué el que animó á nuestras admirables y nunca bastantemente ponderadas romerías? ¿Quién las consagró? ¿Quién las regimentó? ¿Quién las hizo tan santamente batalladoras, despues de la bendición del Vicario de Dios y de nuestros legitimos Pastores, sino el mismo fiero empuje con que amenazaba y acometia la revolucion? ¡ Ah! desconfiad (sea dicho de pasada), desconfiad de toda obra de combate que no sea saludada con esa salva de denuestos y de ignominias por parte de nuestros naturales enemigos.

— Pero ¿qué? dirá alguno. ¿Y todos se robustecen en la fe y se alientan al bien con la contradiccion? ¿Y los que caen acobardados por ella? ¿Y los que miserablemente desertan?

Pues ahí verán Vds. Precisamente este es el otro efecto ventajoso de la persecucion: librarnos de los falsos amigos, como de los corrompidos humores libra al cuerpo enfermo el doloroso revulsivo.

La falsa paz suele ser causa de que se nos entren en nuestro organismo y perseveren más ó menos aparentemente identificados con él ciertos elementos que en ningun modo debieran estar con nosotros, sino en el campo enemigo, y que, si con nosotros están, es indudablemente

porque le conviene muchísimo al diablo tenerlos confundidos entre nuestras filas. Los ha habido en todos tiempos, y los hubo ya en el primer siglo de la Iglesia. Cristo tuvo en su apostolado un falso discípulo, que ya traidoramente murmuraba y maquinaba contra El muy antes de que le fuese descubierta su perfidia. San Pablo en una epístola suya enumera, entre los peligros mil en que anduvo por causa de la fe, los que le acarrearón falsos hermanos (*periculis in falsis fratribus*); y por fin, dando san Juan la razón de la apostasía de algunos de los primeros fieles, dice terminantemente: «De entre nosotros salieron, mas no eran de los nuestros, que si de los nuestros fueran, con nosotros sin duda hubieran perseverado; pero se apartaron, para que se vea claro que no todos son de los nuestros.»

Ahora bien. ¿Cuál es el más eficaz reactivo para que se obtenga esta indispensable eliminación? ¿Cuál es la lanceta que le abre al cuerpo católico esta incisión por donde salgan tan fétidos y perjudiciales humores?

Indudablemente hace este oficio la mano de nuestros propios enemigos, cuando por justos juicios les permite Dios ensañarse en su Iglesia con toda clase de violencias y atropellos. Vense entonces precisados todos los que se llaman católicos, una de dos, ó á demostrarlo de veras ó de veras á renegar. Quien de veras lo es, muestra varonilmente la cara, y levanta intrépido el generoso; *¡Soy cristiano!* de las primeras perse-

cuciones : quien de veras no lo es, vuela á confundirse con el grupo perseguidor por miedo de que éste le designe entre sus víctimas. Dijo Simeon á María en aquel acto memorable de la presentacion del divino Niño al templo : « Este Niño ha sido puesto para ruina y resurreccion de muchos en Israel y para blanco de contradiccion, al que se dirigirán muchos tiros, á fin de que (nótese bien) con esto se pongan de manifesto los pensamientos ocultos de muchos corazones. » Más claro y con mayor crudeza no nos lo podía decir el Espíritu Santo por medio de aquel su fidelísimo siervo en tan solemne ocasion. Cristo y su Iglesia han, pues, de ser perseguidos por esta causa; para que por medio de la persecucion, que es prueba y piedra de toque de todo, se ponga en evidencia quién pertenece á Dios y quién á sus enemigos. *Ut revelentur ex multis cordibus cogitationes.* Igual razon alegó el Apóstol para justificar la permission providencial de las herejías : *Ut et qui probati sunt manifesti fiant in vobis* : « Para que se vea de entre vosotros quiénes resisten á la prueba y quiénes no. »

A estos argumentos de fe, que son á la vez de razon natural, se juntan los no más poderosos, pero sí más palpables, de la experiencia. No la vayamos á buscar en remotas historias; la tenemos poco menos que al ojo, y tan visible que no nos puede engañar. ¿ Cómo acabó aquella gravísima pestilencia del jansenismo y galicanismo, que un siglo y medio atrás tenia infestados has-

ta los huesos á gran parte de nuestros hermanos de la Iglesia francesa? Pues acabó con el feroz revulsivo que le aplicó á tal cuerpo enfermo la revolucion del 93. La guillotina fué la lanceta de Dios para extirpar de raíz aquel cáncer, rebelde durante dos siglos á todo otro tratamiento. Cierto que entristece ver no pocos ingenios anteriores á este horrible período, á pesar de innegables servicios y de virtudes prácticas dignas de toda loa, manchados con resabios de aquella asquerosa lepra que á tantos precipitó á completa ruina. Pero consuela grandemente contemplar como ante los feroces tribunales de la revolución y sobre el ensangrentado cadalso redimieron muchos de esos hermanos nuestros sus antiguas faltas, mientras otros se pasaban por completo al campo de los verdugos por medio de una formal apostasía. Y es más grato aún ver como despues de aquella borrasca, en que creyó el infierno dejar sepultado para siempre al Catolicismo en aquella hidalga tierra, fué el Catolicismo quien empezó á retoñar más vigoroso y lozano que nunca de aquellas sus nuevas catacumbas, mientras dejaba en el fondo de ellas como viejo sudario todas las antiguas prevenciones contra Roma, todos los resabios de Port-Royal y de los cuatro famosos artículos. Una parte de la Francia ha quedado desde aquella época fuera de la fe; es verdad; pero ¿quién duda que compensan con creces esta forzosa eliminacion el fervor y celo, y sobre todo la limpieza de sangre que desde en-

tonces ostentan los demás miembros restaurados, rejuvenecidos y poco menos que resucitados?

Una palabra al oído de nuestros amigos, y sea la última. ¿Creen nuestros enemigos que no acabará un día ú otro la herejía actual que tan gangrenados y podridos tiene á una porción de hermanos nuestros? Del liberalismo hablamos y de su hijuela el llamado catolicismo liberal. Pues es claro que acabará al igual que todas las demás herejías. ¿Cómo? Es este el secreto de Dios. Pero ¿sería temerario presumir que así como la revolución del siglo pasado fué á la vez castigo y purificación de grandes errores como los indicados, así la revolución magna que á más andar se le viene encima á Europa (el socialismo), ha de ser el grande y merecidísimo castigo, á la vez que el poderoso y efficacísimo remedio de tanta gangrena liberal como trae carcomidas hasta los huesos á nuestras actuales sociedades? Asegúrelo quien pueda, que nosotros no nos meterémos á profetas; pero sí dirémos que mil veces nos ha ocurrido esta reflexión, y que cada día nos van afirmando en ella los sucesos que contemplamos. Pero basta, que no es esta materia para tratada al vapor. De lo que hasta aquí llevamos dicho, quedemos les queden en la memoria á nuestros amigos las siguientes conclusiones:

1.º Que la persecución debe considerársele al Catolicismo como ley propia de su existencia, y por consiguiente tan natural y necesaria (da-

das las condiciones del mundo), que el mismo Catolicismo parecería sospechoso de no serlo, si no fuese en una forma ú otra perseguido. Ponderacion es, pero su sentido exacto á nadie se ocultará.

2.^a Que una guerra franca es siempre menos peligrosa que una falsa paz, puesto que la guerra franca suele Dios, á pesar de sus promovedores, hacerla manantial de grandes bienes para el Catolicismo, como acabamos de ver.

3.^a Que cuando tal ataque violento se dé contra un flanco ú otro de nuestra inmensa línea de batalla, no hay para que asustarse ni encogerse, sino, al revés, débese presentar toda la cara al enemigo, al mismo tiempo que poner todo el corazon en Dios. Y á todo reto audaz, á todo provocador sarcasmo responder sencillamente con un desenfadado *Bien ¿y qué?* medio el mejor para alentarnos, alentar á nuestros hermanos y taparle á cal y canto la boca al más insolente de nuestros enemigos.

Afirmense bien en estos consejos nuestros lectores. Sospechamos que cuanto más adelanten los tiempos, más los habrán menester.

OPÚSCULOS DE PROPAGANDA CATÓLICA,
por D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, Pbro.

- A una señora... y á muchas.**— 30 cénts. de real.
Cosas del día, ó respuestas católico-católicas á algunos escrúpulos católico-liberales.—70 id.
Devoto octavario al dulce Niño de Belen en el santísimo Sacramento.—50 id.
El clero y el pueblo.— 80 id.
El dogma más consolador.—50 id.
La chimenea y el campanario.—70 cénts.
Las diversiones y la moral.—4 real y medio.
La voz de la Cuaresma.—40 cénts.
Los desheredados.— 30 cénts.
Los malos periódicos.— 30 id.
Manual del Apostolado de la prensa.—80 id.
Octavario á Cristo resucitado.— 50 id.
¿Para qué sirven las monjas?—70 id.
¿Qué falta hacen los frailes?— 60 id.
Los frailes de vuelta.— 50 id.
¡Pobres espiritistas!— 60 id.
¿Qué hay sobre el espiritismo?—70 id.
Ricos y pobres.— 50 id.
Casa y casino.— 40 id.
Nimiedades católicas.—40 id.
El dinero de los católicos.—4 real.
El espíritu parroquial.—4 id.
Mes de Junio dedicado al sagrado Corazon de Jesús.
—Edicion económica, 4 real y medio el ejemplar.
Edicion de lujo, 3 rs. en rústica, y 7 con planchas y canto dorado.
Monsterrat. Noticias históricas de este célebre Santuario.—2 rs.
Devoto novenario á la Reina de los cielos en el misterio de su gloriosísima Asuncion.—50 cénts.
Bien ¿y qué? Reflexiones cristianas para aliento de los debiles y confusion de los malvados en épocas de persecucion.—60 cénts.

LECCIONES DE TEOLOGÍA POPULAR.

I.—**La Biblia y el pueblo:** El pueblo y el sacerdote.—24 cénts. de real.

II.—**Ayunos y abstinencias:** La Bula.—24 id.

III.—**El Concilio:** La Iglesia: La Infalibilidad.—36 id.

IV.—**El purgatorio y los sufragios.**—30 id.

V.—**El culto de san José.**—20 id.

VI.—**El culto de María.**—30 id.

VII.—**El protestantismo,** de dónde viene y á dónde va.—80 id.

VIII.—**El culto é invocacion de los Santos.**—32 id.

IX.—**Efectos canónicos del matrimonio civil.**—40 id.

X.—**Misterio de la Inmaculada Concepcion.**—24 id.

XI.—**El matrimonio civil.**—34 cénts.

XII.—**El púlpito y el confesonario.**—50 id.

XIII.—**El Padre nuestro.**—60 id.

XIV.—**Las penas del infierno.**—60 id.

TRADUCCIONES DEL MISMO AUTOR.

El Niño Jesús, por Mons. Segur.—60 cénts. en rústica y 2 rs. en percalina.

El miedo al Papa, por Mons. Gaume.—70 cénts.

Imitacion de María, por un monje premonstratense.—60 id. en rústica y 2 rs. en percalina.

La Confesion y la Comunión, por Mons Segur.—90 cénts. en rústica, y 2 rs. en percalina.

La Pasion, por id.—50 cénts.

La secta católico-liberal, por id. 1 real y medio.

Por cada diez ejemplares de las anteriores obritas se dan dos gratis.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.



BIBLIOTECA LIGERA,

por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.



Se han publicado hasta ahora los libritos siguientes: I, ¿Hablemos de religion?—II, ¿Quién se ocupa hoy de eso?—III, ¿En qué quedamos: hay ó no hay Dios?—IV, La razon de la sinrazon.—V, ¿Si seré yo algo más que un bruto animal?—VI, Bueno; pero el alma nadie la ha visto.—VII, ¿Qué me cuenta V. del otro mundo?—VIII, Los amigos del pueblo.—IX, ¿Y si hay?—X, ¡A confesar!—XI, ¿Soy católico?—XII, Amigo leal.—XIII, Jesucristo y el Evangelio.—XIV, ¿Milagros? no soy tan bobo.—XV, No me hable V. del Papa.—XVI, Padre nuestro, Ave María y Gloria.—XVII, ¿Y cómo no hay ahora milagros?—XVIII, Yo no creo sino lo que comprendo.—XIX, ¿Y eso de la Bula?—XX, Libertad, igualdad, fraternidad.—XXI, La santa Cuaresma.—XXII, Muerte y juicio.—XXIII, Infierno y gloria.—XXIV, Querer es poder.—XXV, ¡Esos Curas, los hay tan malos!—XXVI, Bueno sí, pero no beato.—XXVII, Honrado, y esto basta.—XXVIII, Dios no se mete en eso.—XXIX, ¿Para qué necesito yo Sacramentos?—XXX, Dios quiere el corazon.—XXXI, Todos somos iguales.—XXXII, Más trabajo y menos fiestas.—XXXIII, ¡Qué bien!—XXXIV, ¡Dad al Papa!—XXXV, Pero ¿de qué os parece que hemos de resucitar?—XXXVI, ¡Calla, blasfemo!—XXXVII, Lo de Lourdes.—XXXVIII, ¡A veces uno duda si hay Providencia!—

—XXXIX, ¡Pobre de mí... no tengo tiempo!—XL, Y ¿por qué no he de leer yo todo lo que quiero?—XLI, Esos Curas... por todo piden dinero.—XLII, Be-len y la cuestion social.—XLIII, Principio y funda-mento.—XLIV, Lo que se va y lo que se viene.—XLV, Malo malo no lo soy. Otros hay peores que yo.—XLVI, A vela y remo.—XLVII, ¡Las fiestas! ¡Las fiestas!—XLVIII, Tolerantes é intolerantes.—XLIX, Terquedades católicas.—L. ¡No, no preva-lecerán!—LI. ¿Religion? ¡A los Curas con ese em-brollo!—LII. Pero, ¿cómo puede ser lo de la Euca-ristia?—LIII. Los frailes holgazanes.—LIV. Historia contemporánea.—LV. ¡Se va á espantar el enfermo si le hablan de Sacramentos!—LVI. La librería de mi amigo.—LVII. Corazones partidos.—LVIII. ¡Qué iglesias y conventos! Escuelas y talleres necesitamos.—LXIX. Vamos andando.—L. Los pocos y los mu-chos.—LXI. Ganar para la vejez.—LXII. Poncio Pilatos.—LXIII, Mira que te mira Dios.—LXIV, El santo Rosario.—LXV, ¿Y hay de veras Purgatorio?—LXVI, Amigos más alla de la tumba.

PRECIOS: Un ejemplar, 2 cuartos; doce de un mis-mo número, 2 rs.; ciento de id., 46; quinientos, 75, mil, 440.

La coleccion de los 66 números publicados, 42 rs.

Los 50 primeros libritos encuadernados en dos to-mitos en percalina, 42 rs.

Dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, núme-ro 5, Barcelona.